

**LA ERA
DEL CAPITAL,
1848-1875**



Biblioteca E. J. Hobsbawm de Historia Contemporánea

Título Original
THE AGE OF CAPITAL
1848-1875
Weidenfeld and Nicolson, Londres

Hobsbawm, Eric
La era del capital: 1848-1875. - 6a ed. 2a reimp. - Buenos Aires : Crítica, 2010.
360 p. ; 21x15 cm. - (Biblioteca E. J. Hobsbawm de Historia Contemporánea)
Traducción de: A. García Fluixá y Carlo A. Caranci
ISBN 978-987-9317-16-7
I. Historia Contemporánea I. García Fluixá, A., trad. II. Caranci, Carlo A., trad.
III. Título.
CDD 909

6ª edición, 2007
2ª reimpresión, 2010

Rediseño de tapa: Gustavo Macri

Ilustración: Detalle de *El Banquero*, óleo sobre tela de Quentin Metsijs

Traducción de A. GARCÍA FLUIXÁ y CARLO A. CARANCI

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

- © 1975: E. J. Hobsbawm
- © 1998, de la traducción castellana para España y América:
Grupo Editorial Planeta S.A.I.C. / Crítica
- © 2010 Paidós / Crítica
Av. Independencia 1682/1686, Buenos Aires
E-mail: difusion@arespaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Buenos Aires Print,
Sarmiento 459, Lanús, en febrero de 2010
Tirada: 1000 ejemplares

ISBN 978-987-9317-16-7

A Marlene, Andrew y Julia

clase modesta» valía bastante poco. La joven Beatrix Potter, que vivió anónimamente entre los obreros textiles de Bacup, estaba segura de que compartía la «confortable vida de la clase obrera»: disidentes y colaboradores, una comunidad hermética en la que no había lugar para los advenedizos, marginados y gentes «no respetables», rodeada por «el bienestar general del trabajo bien ganado y bien pagado», y por las «confortables casitas bien amuebladas y el té excelente». Y, sin embargo, esta aguda observadora podría describir a esas mismas personas —casi sin darse cuenta de lo que estaba contemplando— como seres sobrecargados de trabajo en las épocas de mucho movimiento, comiendo y durmiendo demasiado poco, y demasiado exhaustas físicamente para realizar un esfuerzo intelectual, a merced de los «múltiples riesgos de postración y fracaso que significaba ausencia de bienestar físico». Potter afirmaba que la profunda y simple piedad puritana de dichos hombres y mujeres era una respuesta al temor de «unas vidas de agotamiento y fracaso».

«La vida en Cristo» y la esperanza en el otro mundo proporcionaban alivio y elevación a la mera lucha por la existencia, calmando el inocente anhelo por las cosas buenas de este mundo, gracias a la creencia en el «mundo del más allá», y convirtiendo el fracaso en un «instrumento de la gracia», en vez de en un despreciable deseo de éxito.³⁴

Este no es el retrato de los hambrientos a punto de despertarse de su sueño, pero tampoco el retrato de los hombres y mujeres «mejor, infinitamente mejor que cincuenta años atrás», y aún menos lo era de una clase que «tenía casi todos los beneficios materiales de esos últimos cincuenta años» (Giffen),³⁵ como mantenían los autocomplacientes e ignorantes economistas liberales. Es el retrato de individuos que se autorrespetaban y que confiaban en sí mismos, y cuyas expectativas eran lastimosamente modestas, que sabían que podían hallarse en circunstancias peores, y que quizá recordasen los tiempos en que habían sido aún más pobres, pero que estaban siempre obsesionados por el espectro de la pobreza (tal como ellos la entendían). El nivel de vida de la clase media nunca sería para ellos, sino que siempre les rondaba la pobreza. «No debemos abusar de las cosas buenas, pues el dinero se gasta rápidamente», dijo uno de los anfitriones de Beatrix Potter, dejando, tras una o dos chupadas, el cigarrillo que ella le había ofrecido en la repisa de la chimenea para la noche siguiente. Quienquiera que olvide que esto era lo que pensaban durante estos años los hombres sobre las cosas buenas de la vida, será incapaz de juzgar el pequeño pero genuino progreso que la gran expansión capitalista llevó a una buena parte de la clase obrera, en el tercer cuarto del siglo XIX. Y que el abismo que los separaba del mundo burgués era amplio e insalvable.

13. EL MUNDO BURGUÉS

Sabéis que pertenecemos a un siglo en el que el hombre sólo se valora por lo que es. Todos los días algún patrón, sin la suficiente energía o seriedad, es obligado a descender los escalones de una jerarquía social que le parecía permanentemente suya, y toma su puesto cualquier dependiente inteligente y animoso.

Mme. MOTTE-BOSSUT a su hijo, 1856¹

He aquí a sus *pequeños* rodeándole, se calientan al calor de su sonrisa. Y la *inocencia infantil* y la alegría iluminan sus rostros. Él es *puro* y ellos le *honran*; él les *ama* y ellos le *aman*. Él es *coherente* y ellos le *aprecian*; él es *firme* y ellos le *temen*. Sus *amigos* son los *mejores* de entre los hombres. Él va al *bien organizado* hogar.

MARTIN TUPPER, 1876²

I

Ahora debemos atender a la sociedad burguesa. Los fenómenos más superficiales son, en ocasiones, los más profundos. Permítasenos comenzar el análisis de esta sociedad, que alcanzó su apogeo en este periodo, con la descripción de las ropas que vestían sus miembros y los intereses que los rodeaban. «El hábito hace al monje», decía un proverbio alemán, y ninguna otra época lo entendió tan bien como ésta, en la que la movilidad social podía colocar a un gran número de personas en la situación, históricamente nueva, de desempeñar nuevos (y superiores) papeles sociales, y, en consecuencia, vestir las ropas apropiadas. No hacía mucho que el austriaco Nestroy había escrito su divertida y amarga farsa *El talismán* (1840), en la que el destino de un pobre hombre pelirrojo cambia dramáticamente por la adquisición y subsiguiente pérdida de una peluca negra. El hogar era la quintaesencia del mundo burgués, pues en él y sólo en él podían olvidarse o eliminarse artificialmente los problemas y contradicciones de su sociedad. Aquí, y sólo aquí, la burguesía e incluso la familia pequeñoburguesa podía mantener la ilusión de una armoniosa y jerárquica felicidad, rodeada por los objetos materiales que

la demostraban y hacían posible; la vida soñada que encontraba su expresión culminante en el ritual doméstico, desarrollado sistemáticamente, con este fin, de las celebraciones navideñas. La cena de Navidad (descrita por Dickens), el árbol de Navidad (inventado en Alemania, pero aclimatado rápidamente en Inglaterra gracias al patronazgo real), las canciones de Navidad —mejor conocidas a través de la *Stille Nacht* alemana— simbolizaban, al mismo tiempo, la frialdad del mundo exterior y la calidez del círculo familiar interior, así como el contraste existente entre ambos.

La impresión más inmediata del interior burgués de mediados de siglo es de apiñamiento y ocultación, una masa de objetos, con frecuencia cubiertos por colgaduras, cojines, manteles y empapelados y siempre, fuese cual fuese su naturaleza, manufacturados. Ninguna pintura sin su marco dorado, calado, lleno de encajes e incluso cubierto de terciopelo, ninguna silla sin tapizado o forro, ninguna pieza de tela sin borlas, ninguna madera sin algún toque de tornio, ninguna superficie sin cubrir por algún mantel o sin algún adorno encima. Sin ninguna duda era un signo de bienestar y estatus: la hermosa austeridad de los interiores Biedermeier reflejan la austeridad económica de la burguesía provinciana alemana, más que su gusto innato, y el mobiliario de las habitaciones de los criados de las casas burguesas era bastante frío. Los objetos expresaban su precio, y en una época donde la mayoría de los objetos domésticos se producían aún en su mayor parte con métodos artesanales, la manufactura fue, con mucho, el índice del precio, conjuntamente con el empleo de materiales caros. El precio también significaba bienestar, que por ello era visible y experimentado. Así pues, los objetos eran algo más que simples útiles, fueron los símbolos del estatus y de los logros obtenidos. Poseían valor en sí mismos como expresión de la personalidad, como programa y realidad de la vida burguesa e incluso como *transformadores* del hombre. En el hogar se expresaban y concentraban todos ellos. De ahí su abigarramiento interior.

Sus objetos, al igual que las casas que los albergaban, eran *sólidos*, un término utilizado de forma característica como el mayor de los elogios a la empresa que los fabricaba o construía. Estaban hechos para perdurar y eso hicieron. Al mismo tiempo, debían expresar las aspiraciones vitales, más elevadas y espirituales, a través de su belleza; a menos que representasen dichas aspiraciones por su mera existencia, como en el caso de los libros y de los instrumentos musicales que, sorprendentemente, siguieron conservando un diseño funcional, aparte de las superficies secundarias primorosamente adornadas, o a menos que perteneciesen al dominio de la utilidad pura, como las baterías de cocina y los objetos de viaje. Belleza era sinónimo de decoración, ya que la mera construcción de las casas burguesas o de los objetos que las adornaban era pocas veces lo suficientemente grandiosa como para ofrecer sustento espiritual y moral por sí misma, como ocurría con los grandes ferrocarriles y buques de vapor. Sus exteriores siguieron siendo funcionales, únicamente debían *decorarse* sus interiores, en la medida en que pertenecían al mundo de la burguesía, como los nuevos coches-camas Pullman (1865) y los salones y cuartos de estar de primera clase de los buques de vapor. Así

pues, la belleza era sinónimo de decoración, aplicada a la superficie de los objetos.

La dualidad entre solidez y belleza expresaba una neta división entre lo material y lo ideal, lo corporal y lo espiritual, muy típica del mundo de la burguesía; sin embargo, en él tanto el espíritu como el ideal dependían de la materia, y únicamente podía expresarse a través de la misma o, en última instancia, a través del dinero que podía comprarla. Nada era más espiritual que la música, pero la forma típica en que entró en los hogares burgueses fue el piano, un aparato excesivamente grande, elaborado y caro, incluso cuando fue reducido a las dimensiones más manejables del piano vertical (*pianino*), en provecho de un estrato más modesto que aspiraba a alcanzar los verdaderos valores de la burguesía. Ningún interior burgués estaba completo sin él; ni tampoco lo estaban las hijas burguesas que debían practicar en él interminables escalas.

El lazo entre moralidad, espiritualidad y pobreza, tan evidente en las sociedades no burguesas, no se había roto aún por completo. Se daba por sentado que la persecución exclusiva de asuntos elevados no debía, probablemente, resultar lucrativa excepto en el caso de las artes más comercializables, e incluso en este caso, la prosperidad llegaría únicamente en la madurez: el estudiante pobre o el joven artista, como tutor particular o invitado a la mesa los domingos, era una parte subalterna reconocida de la familia burguesa; en todo caso, en aquellas regiones del mundo en las que la cultura era enormemente respetada. Pero la conclusión que se sacaba de ello, no era que existía una cierta contradicción entre la persecución de los logros materiales y los mentales, sino que uno constituía la base del otro. Como el novelista E. M. Forster colocaría en el veranillo de San Martín de la burguesía: «A la llegada de los dividendos, desaparecen los pensamientos elevados». El mejor destino para un filósofo era haber nacido hijo de banquero, como Górgy Lukács. La gloria de la cultura alemana, la *Privatgelehrter* (o enseñanza privada), se basaba en las fortunas privadas. Era frecuente que los estudiantes judíos pobres se casasen con las hijas de los más ricos comerciantes locales, ya que era impensable que una comunidad que respetase la cultura recompensase a sus lumbreras con algo más tangible que un elogio.

La dualidad entre materia y espíritu implicó una hipocresía que fue considerada por algunos observadores hostiles no sólo como omnipresente, sino como una característica fundamental del mundo burgués. En ningún aspecto resultó más patente, en el sentido literal de ser visible, que en el mundo del sexo. Esto no implica que los burgueses (varones) de mediados del siglo XIX (o aquellos que aspiraban a ser como ellos) fuesen simplemente deshonestos o que predicasen una moralidad mientras practicaban otra deliberadamente; aunque, evidentemente, el hipócrita consciente es más fácil de encontrar allí donde son insalvables las distancias entre la moralidad oficial y las demandas de la naturaleza humana, como ocurría, con frecuencia, en este período. Evidentemente, Henry Ward Beeches, el gran predicador puritano neoyorkino, debería haber evitado tener tumultuosos asuntos amorosos extramaritales, o bien, haber escogido una carrera que no le hubiese obligado a ser un pre-

eminente defensor de la represión sexual, aunque no podemos dejar de simpatizar con la mala suerte que, a mediados de la década de 1870, lo unió con la bella feminista y abogada del amor libre, Victoria Woodhull, dama cuyas convicciones hacían difícil mantener ningún secreto.* Pero es un puro anacronismo suponer, como han hecho varios escritores modernos, que la moralidad sexual oficial de la época era mera fachada.

En primer lugar, su hipocresía no era tan sólo una mentira, excepto quizá en el caso de aquellos cuyas inclinaciones sexuales eran tan fuertes como públicamente inadmisibles, por ejemplo, en el caso de los políticos importantes que dependían de los votantes puritanos, o de respetables hombres de negocios, homosexuales, en las ciudades de provincias. Y este carácter hipócrita casi desaparecía en aquellos países (por ejemplo, en la mayoría de los países católicos), en los que se aceptaban, francamente, dos normas de comportamiento: la castidad para las burguesas solteras y la fidelidad para las casadas, la persecución de todo tipo de mujeres (exceptuando quizá a las hijas casaderas de las clases media y alta) por los jóvenes burgueses, y la infidelidad tolerada para los casados. Aquí se entendían perfectamente las reglas del juego, incluida la necesidad de una cierta discreción en los casos en que, de otra forma, podían resultar amenazadas la estabilidad de la familia burguesa o la propiedad; la pasión, como aún saben todos los italianos de la clase media, es una cosa, «la madre de mis hijos» otra bien distinta. La hipocresía formaba parte de esta forma de comportamiento, sólo en la medida en que se suponía que las mujeres burguesas permanecían completamente fuera del juego, y por ello, ignorantes de lo que hacían los hombres y las «otras» mujeres. Se suponía que la moralidad de la represión sexual y de la fidelidad en los países protestantes obligaba a ambos sexos, pero el hecho de que se considerase así incluso por aquellos que no la respetaban, los conducía no tanto a la hipocresía como a la angustia personal. No es muy acertado tratar a un individuo en dicha situación como a un simple estafador.

Con todo, la moralidad burguesa se aplicaba, realmente, en buena medida; verdaderamente ésta podía haber aumentado su efectividad, cuando las masas de la clase obrera «respetable» adoptaron los valores de la cultura hegemónica, y la clase media baja, que por definición la seguía, vio aumentar su número. Tales cuestiones resistieron incluso el gran interés del mundo burgués por las «estadísticas morales», como admitía tristemente un libro de finales del siglo XIX, dejando a un lado los intentos —fracasados— de medir la difusión de la prostitución. El único intento general de evaluar la difusión de las enfermedades venéreas, que evidentemente guardaban una estrecha co-

* Esta espléndida mujer, que tenía una hermana igualmente atractiva y emancipada, provocó en Marx algunos momentos de irritación, a causa de sus esfuerzos por convertir la sección norteamericana de la Internacional en un órgano propagandístico del amor libre y el espiritismo. Las dos hermanas sacaron gran provecho de sus relaciones con el comodoro Vanderbilt, que cuidó de sus intereses económicos. Finalmente Woodhull hizo una buena boda y murió en olor de respetabilidad en Bredon's Norton, Worcestershire, Inglaterra.¹

nexión con ciertas clases de sexualidad extramarital, revelaron poco al respecto, excepto que en Prusia, como era de esperar, era mucho mayor en la gran metrópoli de Berlín que en cualquier otra provincia (tendiendo normalmente a disminuir con el tamaño de las ciudades y pueblos), y que alcanzaba sus cotas máximas en las ciudades portuarias, con presidios e institutos de estudios superiores, es decir, en las grandes concentraciones de jóvenes solteros fuera de sus casas.* No hay razón para suponer que el victoriano medio, miembro de la clase media, clase media baja o clase obrera «respetable» en, pongamos por caso, la Inglaterra victoriana y Estados Unidos, fracasasen a la hora de vivir según sus patrones de moralidad sexual. Las jóvenes norteamericanas que sorprendían a los cínicos hombres de mundo en el París de Napoleón III por la gran libertad permitida por sus padres, con la que actuaban solas o en compañía de jóvenes norteamericanos, poseían testimonios tan poderosos sobre la moral sexual como podían tener las crónicas periodísticas sobre los antros del vicio en el Londres victoriano de mediados de siglo e incluso mayores.⁵ Es totalmente injusto aplicar patrones posfreudianos a un mundo prefreudiano, o dar por sentado que el comportamiento sexual de aquella época debía haber sido como el nuestro. Según los patrones modernos, aquella especie de monasterios laicos, que eran los *colleges* de Oxford y Cambridge, son una especie de muestrario de patología sexual. ¿Qué pensaríamos hoy día de un Lewis Carroll, cuya pasión era fotografiar niñas desnudas? Según los patrones victorianos sus peores vicios eran, casi sin duda, la glotonería, más que la lujuria, y las inclinaciones sentimentales por los jóvenes, propia de tantos profesores —casi con seguridad inclinaciones «platónicas» (la misma expresión es reveladora)— se situaban entre las excentricidades de los solteros empedernidos. Es nuestra época la que ha transformado la frase «hacer el amor» en un simple sinónimo del intercambio sexual. El mundo burgués estaba obsesionado por el sexo, pero no, necesariamente, por la promiscuidad sexual: la némesis típica de los mitos populares burgueses, como vio tan claramente el novelista Thomas Mann, se producía a partir de una única caída desde el estado de gracia, como la sífilis terciaria del compositor Adrian Leverkuehn en *Dr. Faustus*. El extremismo de estos temores refleja una ingenuidad o inocencia predominantes.**

Sin embargo, esta ingenuidad nos permite observar la existencia de poderosos elementos sexuales del mundo burgués, muy evidentes en el modo de vestir: extraordinaria combinación de tentación y prohibición. La burgue-

* A los médicos prusianos se les pidió que proporcionasen el número de todos sus pacientes venéreos tratados en abril de 1900. No hay ninguna razón para pensar que las cifras relativas fueran muy diferentes de las de treinta años antes.⁶

** La validez de los patrones morales predominantes en los países protestantes se puso de manifiesto en el comportamiento de los esclavistas norteamericanos hacia sus esclavas. Contrariamente a lo que era de esperar, y al carácter preponderante en los países mediterráneos y católicos —un proverbio cubano afirmaba que «no hay cosa igual a un tamarindo dulce y a una virgen mulata»—, parece que en el Sur rural y esclavista la difusión de la mezcla de razas o realmente de la ilegitimidad fue más bien baja.⁷

sía de mediados de la era victoriana hacía gran ostentación de ropajes, dejando pocas zonas de su cuerpo públicamente visibles, incluso en los trópicos, si exceptuamos la cara. En casos extremos, como en Estados Unidos, debían esconderse incluso aquellos objetos que recordasen al cuerpo (las patas de las mesas). Al mismo tiempo y, sobre todo en las décadas de 1860 y 1870, se recalcaron grotescamente las características sexuales secundarias: el vello y la barba de los hombres y el cabello, senos, caderas y nalgas de las mujeres, hinchadas hasta alcanzar enormes proporciones por medio de falsos moños, *culs-de-Paris*, etc.* El choque producido por el famoso *Déjeuner sur l'herbe* de Manet (1863), deriva, precisamente, del contraste entre la absoluta respetabilidad de los trajes masculinos y la desnudez de la mujer. La estridencia con la que la civilización burguesa insistía en que la mujer era, principalmente, un ser espiritual, implicaba, al mismo tiempo, que el hombre no lo era y que la atracción física obvia entre los sexos no podía encajar en el sistema de valores. La respetabilidad era incompatible con la diversión, como da por sentado la tradición de los campeonatos deportivos que sentencia a sus deportistas a un celibato temporal antes del gran partido o combate. Generalmente, la civilización se asentaba sobre la represión del instinto. El más importante psicólogo burgués, Sigmund Freud, convirtió este asunto en la piedra angular de sus teorías, aunque las generaciones posteriores encontraron en ellas una llamada a la abolición de la represión.

Pero ¿por qué un punto de vista al que no le faltaba plausibilidad fue sostenido con un extremismo tan apasionado y en realidad patológico, que contrastaba tan notablemente (como observó con su habitual ingenio Bernard Shaw) con el ideal de moderación y de *juste milieu* que definía tradicionalmente a las aspiraciones y papeles de la clase media? La respuesta a esta pregunta es fácil si nos referimos a los peldaños más bajos de la escala de las aspiraciones de la clase media. Sólo un esfuerzo heroico podía elevar a un pobre hombre o mujer, o incluso a sus hijos, del pantano de la desmoralización al firme altiplano de la respetabilidad y, sobre todo, servía para definir su posición. Como ocurre con los miembros de Alcohólicos Anónimos, para ellos no existía una solución de compromiso: o la abstinencia total o la reincidencia. Realmente, el movimiento pro abstinencia total del alcohol, que también prosperó en esta época en los países protestantes y puritanos, lo ilustra claramente. Este no fue concebido como un movimiento tendente a abolir, y aún menos a limitar, el alcoholismo, sino a definir y situar aparte a aquellos individuos que habían demostrado, por su fuerza de voluntad o por su carácter, que eran distintos a los pobres «no respetables». El puritanismo sexual cumplía la misma función. Pero sólo fue un fenómeno «burgués», en la medida en que reflejaba la hegemonía de la respetabilidad burguesa. Como las lecturas de Samuel Smiles, o la práctica de otras formas de «autoayuda» o de

«automejora», el puritanismo en vez de preparar al éxito burgués ocupaba más frecuentemente su lugar. A nivel del artesano o del dependiente «respetable» la abstinencia era su recompensa. Aunque, en términos materiales, habitualmente, sólo proporcionaba modestas ganancias.

El problema del puritanismo burgués es más complejo. La idea de que la burguesía de mediados del siglo XIX era raramente de pura sangre y que ello la obligaba a construir, excepcionalmente, impenetrables defensas contra la tentación física, es poco convincente: lo que aumentaba así las tentaciones era, precisamente, el extremismo de los patrones morales admitidos que, a su vez, era lo que dramatizaba aún más la caída, como en el caso del católico y puritano conde Muffat de la *Nana* de Émile Zola, la novela de la prostitución en el París de la década de 1860. Por supuesto, tal como veremos, el problema era, en cierta medida, económico. La «familia» no era sólo la unidad social básica de la sociedad burguesa, sino su unidad básica con respecto a la propiedad y a la empresa, ligada con muchas otras unidades a través de un sistema de intercambios de mujeres-más-propiedad (la «dote»), según el cual las mujeres eran, por convención estricta derivada de la tradición preburguesa, *virgines intactae*. Nada de lo que debilitase la unidad familiar era permisible y nada más obviamente enervante que la pasión física incontrolada, que introducía pretendientes y novias nada apropiados (es decir, económicamente poco ventajosos), separaba a los esposos de sus mujeres y mermaba los fondos comunes.

Las tensiones no eran sólo económicas y fueron especialmente fuertes durante el período que estudiamos, cuando la moralidad basada en la abstinencia, en la moderación y en la represión entró en conflicto dramáticamente con la realidad del éxito burgués. La burguesía ya no vivía en el seno de una economía familiar de escasez, o en un tipo de sociedad alejado de las tentaciones de la alta sociedad. Su problema era el de gastar, en vez del de ahorrar. El burgués ocioso se hizo cada vez más frecuente —en Colonia el número de *rentiers* (rentistas) que pagaban impuestos sobre la renta creció de 162 en 1854 a casi 600 en 1874—, pero ¿cómo podía el burgués triunfante, detentase o no el poder político como clase, demostrar sus conquistas sino gastando? El término *parvenu* (nuevo rico) se convirtió automáticamente en sinónimo de gastador. Tanto si estos burgueses trataban de imitar este estilo de vida de la aristocracia, como si construían sus propios castillos e imperios industriales, iguales e incluso más caros que los de los *Junkers*, cuyos títulos habían rechazado (como hicieron los Krupp, con gran conciencia de clase y sus colegas del Rur), debían gastar, y lo hacían de una forma que, inevitablemente, acercaba su estilo de vida al de la aristocracia no puritana, y aun más el de sus mujeres. Hasta la década de 1850 había sido un problema que atañía a relativamente pocas familias; en algunos países, como Alemania, a casi ninguna. Pero ahora se había convertido en un problema de clase.

La burguesía como clase halló enormes dificultades para combinar ganancias y gastos de una forma moralmente satisfactoria, y del mismo modo fracasó a la hora de resolver el equivalente problema material: es decir, cómo asegurar la sucesión de hombres de negocios dinámicos y capaces en el seno

* La moda de la crinolina, que disfrazaba totalmente la parte inferior mientras que resaltaba en contraste la cintura, con las caderas vagamente sugeridas, fue una moda transitoria de la década de 1850.

de la misma familia, lo que aumentó la importancia de las hijas, que podían introducir sangre nueva en la empresa. De los cuatro hijos del banquero Friedrich Wichelhaus de Wuppertal (1810-1886), únicamente Robert (nacido en 1836) fue banquero. Los otros tres (nacidos respectivamente en 1831, 1842 y 1846) terminaron como terratenientes y uno como universitario, pero las dos hijas (nacidas en 1829 y 1838) se casaron con industriales, incluyendo a un miembro de la familia de Engels.⁹ La única cosa por la que se esforzaba la burguesía, el beneficio, dejó de ser una motivación suficiente una vez obtenida suficiente riqueza. Hacia finales de siglo la burguesía descubrió, al menos, una fórmula temporal para combinar ganancias y gastos, suavizada por las adquisiciones del pasado. Estas últimas décadas anteriores a la catástrofe de 1914, serían el «veranillo de San Martín», la *belle époque* de la vida burguesa, añorada por sus supervivientes. Pero quizá en el tercer cuarto del siglo XIX fue cuando se agudizaron las contradicciones: coexistían el esfuerzo y el placer, pero eran antagónicos. La sexualidad resultó ser una de las víctimas del conflicto y la hipocresía salió triunfante.

II

Reforzada por sus ropas, sus muros y sus objetos, la familia burguesa aparecía como la institución más misteriosa de la época. Pues si es fácil descubrir o imaginar las conexiones entre puritanismo y capitalismo, como testimonian multitud de escritos, siguen siendo oscuras las conexiones entre estructura familiar y sociedad burguesa. El aparente conflicto entre ambas raramente se ha tenido en cuenta. ¿Por qué motivo se dedicaría una sociedad a una economía de empresa competitiva y lucrativa, al esfuerzo individual, a la igualdad de derechos y oportunidades y a la libertad, si se basaba en una institución que las negaba tan absolutamente?

Su unidad básica, el hogar unifamiliar, era una autocracia patriarcal y el microcosmos de un tipo de sociedad que la burguesía como clase (o al menos sus portavoces teóricos) denunciaban y destruían: era una jerarquía de dependencia personal.

Allí, con firme juicio gobierna con acierto el padre, marido y señor. Colmándolo de prosperidad como guardián, guía o juez.¹⁰

Tras él —y continuamos citando al muy notorio filósofo Martin Tupper— revoloteaba «el ángel bueno del hogar, la madre, esposa y señora»,¹¹ cuyo oficio, según el gran Ruskin, consistía en:

- I. Complacer a su gente.
- II. Alimentarla con ricos manjares.
- III. Vestirla.
- IV. Mantenerla en orden.
- V. Enseñarla.¹²

Curiosamente, para desempeñar esta tarea no necesitaba ni demostrar, ni poseer inteligencia ni conocimientos (como dice Charles Kingsley: «Sé buena, dulce sierva, y deja que él sea inteligente»). Esto no se debía, simplemente, a que la nueva función de la esposa burguesa era demostrar la capacidad del esposo burgués ocultando la suya en el ocio y el lujo, cosa que chocaba con las viejas funciones de dirigir una casa, sino también a que su inferioridad respecto al hombre debía ser demostrable:

¿Tiene acaso juicio? Este es un gran valor, pero hay que cuidar que no exceda el tuyo. Pues la mujer debe estar sometida y el verdadero dominio es el de la inteligencia.¹³

Sin embargo, esta preciosa, ignorante e idiota esclava también era solicitada para ejercer el poder, no tanto sobre los niños, cuyo señor seguía siendo el *pater familias*,* como sobre los criados, cuya presencia distinguía a la burguesía de las clases inferiores. Una «señora» podía definirse como alguien que no trabajaba y que, por lo tanto, ordenaba a otra persona que lo hiciese,¹⁴ siendo sancionada su superioridad por esta relación. Sociológicamente, la diferencia entre clase obrera y clase media era la existencia entre aquellos que tenían criados y aquellos que lo eran potencialmente, y así se diferenciaron en la primera encuesta social realizada en Secbohm, Rowntree (York), a finales de siglo. El servicio se componía cada vez más y de manera abrumadora de mujeres —en Gran Bretaña, entre 1841 y 1881, el porcentaje de hombres que desempeñaban oficios domésticos y servicios personales, bajó de 20 a 12 aproximadamente—, por lo que el hogar burgués ideal consistía en el señor de la casa, de sexo masculino, que dominaba a cierto número de mujeres jerárquicamente clasificadas; todos los demás, como los niños varones, abandonaban la casa cuando se iban haciendo mayores, e incluso —entre las clases altas británicas— cuando tenían edad suficiente para ir al internado.

Pero el criado o la criada, aunque percibían un salario, y por ello eran una réplica doméstica del obrero, y cuyo empleo en la casa definía al varón burgués desde el punto de vista económico, eran esencialmente diferentes, ya que su principal nexo con el patrón (esto era más frecuente en el caso de las mujeres que en el de los hombres), no era monetario, sino personal y realmente con fines prácticos, de dependencia total. Cada acto de la vida del que servía estaba estrictamente prescrito y como vivía en algún ático pobremente amueblado, en la casa de sus señores, era perfectamente controlable. Desde el delantal o el uniforme que llevaba, hasta las referencias sobre su buen comportamiento o «carácter», sin las que no podía encontrar empleo, todo a su alrededor simbolizaba una relación de poder y sujeción. Lo cual no excluía la existencia de estrechas, aunque desiguales relaciones personales, no

* «Los niños debían hacer todo lo posible por agradar a su idolatrado padre; dibujaban, trabajaban, recitaban, escribían composiciones, tocaban el piano.» Todo ello para celebrar el cumpleaños de Alberto, príncipe consorte de la reina Victoria.¹⁴

muchas más que en las relaciones esclavistas. En realidad, es probable que esto sirviese de estímulo, aunque no debemos olvidar que por cada niñera o cada jardinero que dedicaba toda su vida al servicio de una sola familia, había cientos de muchachas campesinas que pasaban rápidamente por la casa, y que salían de ella embarazadas, casadas o para buscar otro trabajo; hechos que eran tratados simplemente como otro ejemplo del «problema del servicio», tema que llenaba las conversaciones de sus amas. El punto crucial es que la estructura de la familia burguesa contradecía de plano a la de la sociedad burguesa, ya que en aquella no contaban la libertad, la oportunidad, el nexo monetario, ni la persecución del beneficio individual.

Podríamos afirmar que esto se debía a que el anarquismo individualista hobbesiano que conformaba el mundo teórico de la economía burguesa no servía de base para ninguna forma de organización social, incluyendo a la familia. Y en realidad, hasta cierto punto, se buscaba un contraste deliberado con el mundo exterior, un oasis de paz en un mundo de guerra, *le repos du guerrier*.

Sabéis —escribía la esposa de un industrial francés a sus hijos en 1856— que vivimos en un siglo en el que los hombres valen según su propio esfuerzo. Cada día los ayudantes más arrojados e inteligentes ocupan el lugar de su patrón, cuya debilidad y falta de seriedad lo rebajan del rango que parecía ser suyo para siempre.

«Qué batalla —escribía su esposo, empeñado en una lucha con los fabricantes de textiles británicos—; muchos morirán en la pelea, y más incluso resultarán cruelmente heridos.»¹⁶ Las metáforas guerreras acudían, espontáneamente, a los labios de los hombres que participaban en la «lucha por la vida» o en la «supervivencia de los más aptos», al tiempo que las metáforas de la paz eran utilizadas al describir el hogar: «La morada de la alegría», el lugar donde «las satisfechas ambiciones del corazón se regocijan», pues nunca podía regocijarse fuera, ya que dichas ambiciones no se satisfacían, o al menos no se admitía dicha satisfacción.¹⁷

Pero es posible también que la desigualdad esencial sobre la que se basaba el capitalismo encontrase su necesaria expresión en la familia burguesa. Precisamente porque la dependencia no se basaba sobre la desigualdad colectiva, institucionalizada y tradicional, tenía que hacerlo en una relación individual. Ya que la superioridad era algo tan discutible y dudoso para el individuo, debía existir alguna forma de que fuese permanente y segura. Como su principal expresión era el dinero, y éste expresaba simplemente las relaciones de intercambio, debía complementarse con otras formas de expresión que demostrasen la dominación de unas personas sobre otras. Por supuesto, no había nada nuevo en la estructura familiar patriarcal basada en la subordinación de las mujeres y los niños. Pero cuando podía esperarse lógicamente que la sociedad burguesa la destruyese o transformase —del mismo modo que más tarde sería desintegrada—, resultó que la fase clásica de la sociedad burguesa la reforzó y exageró.

La medida en la que realmente este «ideal» del patriarcado burgués representaba la realidad, es otra cuestión. Un observador resumía la personalidad del típico burgués de Lille como un hombre que «teme a Dios, pero sobre todo a su esposa, y que lee el *Écho du Nord*»,¹⁸ y esta es una descripción de los hechos de la vida burguesa tan idónea, al menos, como aquella otra teoría elaborada por los hombres sobre el desamparo y la dependencia femeninas, en ocasiones patológicamente exagerada en las ensoñaciones masculinas, y otras veces puesta en práctica con la selección y formación de una esposa-niña por su futuro marido. Aun así, la existencia e incluso el reforzamiento del tipo ideal de familia burguesa en este período es significativa. Esto basta para explicar los comienzos de un movimiento feminista sistemático, sea cual fuere, entre las mujeres de la clase media de este período en los países anglosajones y protestantes.

Sin embargo, el hogar burgués fue, simplemente, el núcleo de la más amplia relación familiar, en cuyo seno operaba el individuo: los Rothschild, los Krupp, los Forst, convirtieron la historia social y económica del siglo XIX en un asunto esencialmente dinástico. Pero aunque en el siglo pasado se acumuló una enorme cantidad de material sobre tales familias, ni los antropólogos sociales, ni los compiladores de libros genealógicos (una ocupación aristocrática) se tomaron el suficiente interés por ellos como para facilitar una generalización segura sobre tales grupos familiares.

¿En qué medida ascendieron desde los estratos inferiores? Parece que esta ascensión alcanzó límites poco sustanciales, aunque en teoría nada impedía el ascenso social. Respecto a los patrones del acero británicos de 1865, el 89 por 100 provenía de familias de clase media; el 7 por 100, de familias de clase media baja (incluyendo pequeños comerciantes, artesanos independientes, etc.) y sólo un 4 por 100, de la clase obrera especializada o, en menor medida, no especializada.¹⁹ En este mismo período, el grueso de los fabricantes textiles del norte de Francia estaba compuesto por los hijos de los que ya podían considerarse pertenecientes a los estratos sociales medios, y el grueso de los calceteros de Nottingham, de mediados del siglo XIX, tenía orígenes similares, ya que realmente dos tercios de los mismos provenían del comercio calcetero. Los «padres fundadores» de la empresa capitalista del suroeste alemán no siempre eran ricos, pero es significativo el número de aquéllos con una larga experiencia familiar en los negocios y, con frecuencia, en las industrias que iban a desarrollar: los protestantes suizo-alsacianos como los Koechlin, Geigy o Sarrasin, judíos, crecieron en el ambiente financiero de los pequeños principados, en vez de hacerlo en el de los empresarios-artesanos técnicamente innovadores. Los hombres instruidos —especialmente los hijos de pastores protestantes y de funcionarios— modificaron su estatus de clase media mediante la empresa capitalista, pero no lo cambiaron.²⁰ Las carreras del mundo burgués estaban abiertas al talento, pero la familia que entre otras de mediana posición contase con una modesta educación, con propiedades y relaciones sociales, comenzaba, sin duda, con una ventaja relativamente grande, y no contaba menos la capacidad para casarse con otras personas del mismo estatus.

social, que estuviesen en la misma línea de negocios o que contasen con recursos combinables con los propios.

Por supuesto, eran aún sustanciales las ventajas económicas que proporcionaba una familia extensa o una unión de familias. En el mundo de los negocios proporcionaban garantías al capital, a veces útiles contactos empresariales y, sobre todo, administradores dignos de confianza. En 1851 los Lefebvre de Lille financiaron la empresa para el cardado de lana de su cuñado Amedée Prouvost. Siemens y Halske, la famosa empresa eléctrica fundada en 1847, obtuvo su primer capital de un primo; un hermano fue el primer empleado asalariado y nada era más natural que los tres hermanos, Werner, Carl y Wilhelm se hiciesen cargo, respectivamente, de las sucursales de Berlín, San Petersburgo y Londres. Los famosos clanes protestantes de Mulhouse estaban ligados unos a otros: André Koechlin, yerno de Dollfus, fundador de la Dollfus-Mieg (tanto él como su padre se habían casado con miembros de la familia Mieg), se hizo cargo de la empresa hasta que sus cuatro cuñados tuvieron edad suficiente para dirigirla, mientras que su tío Nicholas dirigió la empresa familiar Koechlin «a la que asoció, exclusivamente, a sus hermanos y cuñados y a su anciano padre». ²¹ Entretanto, otro Dollfus, bisnieto del fundador, registró otra empresa familiar local, Schlumberger y Cia. La historia empresarial del siglo XIX está llena de tales alianzas e interconexiones familiares. Éstas requerían un gran número de hijos e hijas disponibles, por lo que éstos abundaban y de ahí que, excepto en el campesinado francés, que sólo necesitaba un heredero para hacerse cargo de las posesiones familiares, no existía ningún fuerte incentivo para el control de la natalidad, excepto entre la pobre y conflictiva clase media baja.

Pero ¿cómo se organizaban los clanes? ¿Cómo operaban? ¿En qué momento cesaban de representar a los grupos familiares y se convertían en un grupo social coherente, en una burguesía local o incluso (como en el caso de los banqueros protestantes y judíos) en una red aún más amplia, en la que las alianzas familiares fuesen simplemente un aspecto? Aún no podemos contestar a dichos interrogantes.

III

En otras palabras, ¿qué queremos decir al hablar de la «burguesía» como clase, en este período? Las definiciones económicas, políticas y sociales diferían algo, pero estaban lo suficientemente cercanas entre sí como para no originar grandes dificultades.

Así, en un plano económico, la quintaesencia del burgués era el «capitalista» (es decir, el propietario del capital, el receptor de un ingreso derivado del mismo, el empresario productor de beneficios, o todo esto a la vez). Y, de hecho, en este período el «burgués» característico o el miembro de la clase media tenía poco que ver con aquellas personas que no encajasen en una de estas casillas. En 1848, las 150 familias principales de Burdeos comprendían

noventa hombres de negocios (comerciantes, banqueros, propietarios de tiendas, etc., aunque en esta ciudad escaseaban los industriales), cuarenta y cinco propietarios y rentistas y quince miembros de profesiones liberales, que, por supuesto, en aquel entonces eran variantes de la empresa privada. Entre ellos había una total ausencia de altos ejecutivos asalariados (al menos nominalmente), que componían el mayor grupo aislado de las 450 familias principales de Burdeos en 1960. ²² Debemos añadir que, aunque la propiedad de la tierra o con más frecuencia de los bienes raíces urbanos seguía siendo una importante fuente de ingresos burgueses especialmente para la burguesía de clase media y baja en las zonas menos industrializadas, ya estaba perdiendo algo de su importancia anterior. Incluso en Burdeos, que no estaba industrializada (1873), formaba sólo el 40 por 100 de las herencias en 1873 (23 por 100 de las mayores fortunas), mientras que en Lille, industrializada, en la misma época, formaba sólo el 31 por 100. ²³

Naturalmente, aquellos que se dedicaban a la política burguesa eran algo diferentes, aunque sólo fuese porque la política es una actividad especializada y que lleva tiempo, que no atrae a todos por igual o en la cual no todos encajan del mismo modo. Sin embargo, ya en este período la política burguesa estaba dirigida, en gran medida, por burgueses en activo o retirados. Así, en la segunda mitad del siglo XIX, entre un 25 y un 40 por 100 de los miembros del Consejo Federal Suizo eran empresarios y rentistas (siendo un 20 o 30 por 100 de los miembros del Consejo «barones federales», que dirigían los bancos, los ferrocarriles y las industrias), en una cuantía mucho mayor que en el siglo XX. Entre un 15 y un 25 por 100 eran miembros en activo de profesiones liberales, por ejemplo, abogados —aunque el 50 por 100 de todos sus miembros eran letrados, siendo este el patrón de cualificación cultural para acceder a la vida pública o a la administración en la mayoría de los países. Entre un 20 y un 30 por 100 eran profesionales con categoría de «figuras públicas» («prefectos, jueces rurales y otros magistrados»). ²⁴ A mediados de siglo, el partido liberal contaba en la cámara belga con un 83 por 100 de miembros burgueses, el 16 por 100 de esos miembros eran negociantes, otro 16 por 100, *propriétaires*; el 15 por 100, *rentiers*; el 18 por 100, administradores profesionales, y el 42 por 100 pertenecían a profesiones liberales, por ejemplo, abogados y algunos médicos. ²⁵ Esto ocurría igualmente, y quizá más, en la política local de las ciudades, que, naturalmente, estaban dominadas por los notables burgueses del lugar (por ejemplo, liberales). Si los estratos superiores del poder estaban ocupados por los antiguos grupos situados tradicionalmente en él, a partir de 1830 en Francia y de 1848 en Alemania, la burguesía «asaltó y conquistó los niveles inferiores del poder político», como concejos municipales, alcaldías, consejos de distrito, etc., y los mantuvo bajo su control hasta la irrupción de las masas en la política, en las últimas décadas del siglo. Desde 1830, Lille fue dirigido por alcaldes que, principalmente, eran empresarios prominentes. ²⁶ En Gran Bretaña las mayores ciudades estaban francamente en manos de la oligarquía empresarial.

Socialmente las definiciones no eran tan claras, aunque la «clase media» incluía obviamente a todos los grupos citados, siempre que fuesen suficientemente ricos y consolidados: los hombres de negocios, los propietarios, las profesiones liberales y los estratos más elevados de la administración que, por supuesto, eran numéricamente un grupo bastante reducido fuera de las capitales. La dificultad reside en definir los límites «superior» e «inferior» del estrato dentro de la jerarquía del estatus social, y en tener en cuenta la notable heterogeneidad de sus miembros, dentro de dichos límites: al menos siempre hubo una estratificación interna aceptada entre *grande* (alta), *moyenne* (media) y *petite* (pequeña) burguesía; esta última matizaba estratos que de facto podrían situarse fuera de la clase burguesa.

A fin de cuentas, las diferencias más o menos acentuadas entre la alta burguesía y la aristocracia (alta o baja), dependían, en parte, de la exclusividad legal o social de este grupo, o de su propia conciencia de clase. Ningún burgués llegaría a ser un verdadero aristócrata en, digamos, Rusia o Prusia, e incluso allí donde se distribuían libremente títulos de nobleza secundarios, como en el imperio de los Habsburgo, ningún conde Chotek o Auersperg, que, sin embargo, estaba dispuesto a participar en el consejo de dirección de cualquier empresa, consideraría al barón Von Wertheimstein como algo más que un banquero de clase media y un judío. Gran Bretaña era casi el único país en que, de modo sistemático, se estaba incorporando a los empresarios a la aristocracia; banqueros y financieros con preferencia a industriales; aunque en este período el proceso no sobrepasaba límites modestos.

Por otra parte, hasta 1870 e incluso después, aún había industriales alemanes que rehusaban permitir que sus sobrinos se convirtiesen en oficiales de la reserva, considerándolo como algo poco adecuado para jóvenes de su clase, o cuyos hijos insistían en hacer el servicio militar en infantería o ingeniería, en vez de hacerlo en la caballería, cuerpo socialmente más exclusivista. Pero debemos añadir que a medida que aumentaban los beneficios —y éstos eran muy importantes en este período—, la tentación de obtener condecoraciones, títulos, matrimonios con la nobleza y, en general, un modo de vida aristocrático, era con frecuencia irresistible para los ricos. Los fabricantes ingleses inconformistas se convertían a la Iglesia de Inglaterra, y en el norte de Francia el «volterrianismo apenas encubierto» anterior a 1850, se transformó, después de 1870, en un increíblemente ferviente catolicismo.²⁷

En los estratos inferiores, la línea divisoria mostraba un carácter económico mucho más claro, aunque los hombres de negocios —al menos en Gran Bretaña— podían trazar una neta línea cualitativa entre ellos y los «parias» sociales que vendían bienes directamente al público, como los comerciantes; al menos hasta que el comercio minorista no demostrase que podía hacer millonarios a los que lo practicaban. Evidentemente, el artesano independiente y el propietario de un pequeño comercio pertenecían a una clase media más baja, o *Mittelstand*, que tenía poco en común con la burguesía, excepto la aspiración a su estatus social. El campesino rico no era un burgués, ni lo era el empleado de oficina. Sin embargo, a mediados de siglo existía un remanen-

te tan grande de viejos tipos de productores y vendedores de géneros ínfimos, y económicamente independientes e incluso de obreros no especializados y capataces (que, en muchos casos, aún ocupaban un puesto en los modernos cuadros tecnológicos), que difuminaban la línea divisoria: algunos podrían prosperar y al menos en sus lugares de origen podrían convertirse en burgueses reconocidos.

Entre las principales características de la burguesía como clase hay que resaltar que se trataba de un grupo de personas con poder e influencia, independientes del poder y la influencia provenientes del nacimiento y del estatus tradicionales. Para pertenecer a ella se tenía que ser «alguien», es decir, ser una persona que contase como individuo, gracias a su fortuna, a su capacidad para mandar a otros hombres o, al menos, para influenciarlos. De ahí que, como hemos visto, la forma clásica de la política burguesa fuese completamente distinta de la política de masas de los que se encontraban por debajo de ellos, incluyendo a la pequeña burguesía. El recurso clásico del burgués en apuros o con motivos de queja, fue ejercer o solicitar las influencias individuales: hablar con el alcalde, con el diputado, con el ministro, con el antiguo compañero de escuela o colegio, con el pariente, o tener contactos de negocios. La Europa burguesa estaba, o iba a estar, llena de sistemas más o menos informales para la protección del progreso mutuo, de cadenas de viejos amigos o mafias («amigos de los amigos»), entre los cuales se contaban las que surgían de una asistencia común a las mismas instituciones educativas y que fueron, naturalmente, muy importantes, especialmente en lo que respecta a las instituciones de enseñanza superior, que daban lugar a uniones nacionales, que superaban las simplemente locales.* Una de estas asociaciones, la francmasonería, sirvió a fines aún más importantes en ciertos países, especialmente en los latinos y católicos, ya que realmente sirvió de aglutinante ideológico a la burguesía liberal en su dimensión política, o, como ocurrió en Italia, resultó virtualmente la única organización permanente y nacional de esta clase.²⁸ El individuo burgués que era exhortado a expresar su opinión sobre los asuntos públicos, sabía que una carta dirigida a *The Times* o a *Neue Freie Presse* no sólo llegaría a una gran parte de sus compañeros de clase y a aquellos que tenían el poder de decisión, sino que, y esto es lo más importante, sería publicada, sobre la base de la fuerza de su reputación como individuo. La burguesía como clase no organizaba movimientos de masas, sino grupos de presión. Su modelo político no era el cartismo, sino la Liga contra la ley de cereales (Anti-Corn Law League).

Por supuesto, el grado en el que el burgués era un «notable» variaba enormemente, desde la *grande bourgeoisie*, cuyo ámbito de acción era nacional e incluso internacional, a los personajes más modestos que cobraban importancia en Aquisgrán o Groninga. Krupp esperaba y recibía más consideraciones que

* Sin embargo, en Gran Bretaña, las llamadas *public schools*, que cobraron un rápido auge en este período, reunían, incluso a edades más tempranas, a los hijos de la burguesía, provenientes de diferentes partes del país. En Francia algunos de los principales liceos de París sirvieron quizá para la misma finalidad; en cualquier caso, para los intelectuales.

Theodor Boeninger, de Duisburg, a quien el gobierno regional recomendaba, sin más, para el título de asesor comercial (*Kommerzienrat*) porque era rico, industrial capaz, activo en la vida pública y religiosa, y porque apoyaba al gobierno en las elecciones, en los consejos municipales y de distrito. Con todo, ambos a su modo eran personas «que contaban». Si la coraza del esnobismo de grupo separaba a los millonarios de los ricos y a éstos, a su vez, de los que tenían una posición simplemente acomodada, lo cual era bastante natural en una clase cuya verdadera esencia era subir cada vez más mediante el esfuerzo individual, no destruyó este sentido de conciencia de grupo que convirtió el «grado medio» de la sociedad en la «clase media» o «burguesía».

Esto se basaba en presupuestos, creencias y formas de actuar comunes. La burguesía del tercer cuarto del siglo XIX fue preponderantemente «liberal», no tanto en un sentido partidista (aunque como hemos visto los partidos liberales eran predominantes), sino en un sentido ideológico. Creían en el capitalismo, en la empresa privada competitiva, en la tecnología, en la ciencia y en la razón. Creían en el progreso, en un cierto grado de gobierno representativo, de derechos civiles y de libertades, siempre que fuesen compatibles con el imperio de la ley, y con un tipo de orden que mantuviese a los pobres en su sitio. Creían más en la cultura que en la religión, en casos extremos sustituían la asistencia a la iglesia por la asistencia ceremonial a la ópera, al teatro o al concierto. Creían en las profesiones abiertas a los emprendedores y al talento y que sus propias vidas acreditaban sus méritos. Como hemos visto, en esta época, la tradicional y frecuentemente puritana creencia en las virtudes de la abstinencia y de la moderación se fue debilitando frente a la realidad del éxito, pero aún se las añoraba. Si alguna vez la sociedad alemana llegaba a hundirse —decía un escritor de 1855—, sería porque la clase media había comenzado a perseguir las apariencias y el lujo, «sin intentar compensarlo con el sencillez y tesonero (competente) sentido burgués (*Bürgersinn*)», junto al respeto por las fuerzas espirituales de la vida, y junto al esfuerzo por identificar la ciencia, las ideas y el talento con el desarrollo progresivo del tercer estado.²⁹ Quizá este penetrante sentido de lucha por la vida, una verdadera selección natural en la que, después de todo, la victoria e incluso la supervivencia demostraban tanto la aptitud como las cualidades esencialmente morales, con las cuales únicamente podía alcanzarse dicha aptitud, reflejase la adaptación de la antigua ética burguesa a la nueva situación. El darwinismo, social o no, no era simplemente una ciencia, sino una ideología, incluso antes de que fuese formulada como tal. Ser burgués no sólo era ser superior, sino también demostrar cualidades morales equivalentes a las viejas cualidades puritanas.

Pero más que nada significaba superioridad. El burgués no sólo era independiente, un hombre a quien nadie daba órdenes (excepto el estado y Dios), sino alguien que se daba órdenes a sí mismo. No sólo era un empleado, un empresario o un capitalista, sino que, socialmente, era un «amo», un «señor» (*Fabrikherr*), un «patrón» o un *chef*. El monopolio del mando —en su casa, en su oficina, en su fábrica— era crucial para autodefinirse, y su afir-

mación formal, nominal o real, es un elemento esencial en todas las controversias industriales del período: «Pero también soy director de las Minas, es decir, la cabeza (*chef*) de una gran población de obreros ... Represento el principio de autoridad y estoy obligado a hacerlo respetar en mi persona: tal ha sido siempre el objeto conciso de mi relación con la clase obrera».³⁰ Únicamente los miembros de las profesiones liberales o los artistas e intelectuales, que no eran esencialmente empresarios o no tenían subordinados, no eran originalmente «amos». Incluso en este caso, el «principio de autoridad» estaba lejos de estar ausente, sea en el comportamiento del tradicional profesor universitario europeo, del médico autócrata, del director de orquesta o del pintor caprichoso. Si Krupp mandaba sobre sus ejércitos de trabajadores, Richard Wagner esperaba una subordinación total por parte de su audiencia.

La dominación implica inferioridad. Pero la burguesía de mediados del siglo XIX estaba dividida sobre la naturaleza de la inferioridad de las clases bajas, sobre la que no existía una disconformidad sustancial; aunque se habían hecho intentos para distinguir, en el seno de las masas subalternas, entre aquellos a los que se atribuía esperanzas de progresar, es decir, la respetable clase media baja, y aquellos cuya redención era imposible. Como el éxito era una consecuencia del mérito personal, el fracaso se debía evidentemente a la falta de méritos. La ética burguesa tradicional, puritana o secular, lo achacaba a la debilidad moral o espiritual en vez de hacerlo a la falta de talento, pues era evidente que no era necesaria mucha cabeza para obtener éxito en los negocios, y a la inversa, que sólo la inteligencia no garantizaba la fortuna, y aún menos el «ojo clínico». Esto no implica necesariamente un antiintelectualismo, aunque en Gran Bretaña y Estados Unidos estaba muy extendido, ya que triunfaron en los negocios los individuos de escasa educación, utilizando el empirismo y el sentido común. Incluso Ruskin reflejó este punto de vista cuando afirmaba que «los laboriosos metafísicos están siempre embrollando a las personas buenas y activas y tejiendo su telaraña entre las más finas ruedas de los negocios mundiales». Samuel Smiles expuso el asunto con mayor simplicidad:

La experiencia que se obtiene de los libros, aunque con frecuencia es valiosa, pertenece a la naturaleza de la *erudición*, mientras que la experiencia obtenida de la vida real pertenece a la de la *sabiduría*, y una pequeña provisión de esta última vale mucho más que una amplia acumulación de la primera.³¹

Pero la simple clasificación dualista entre lo moralmente superior e inferior, aunque era apropiada para distinguir a los «respetables» de las masas trabajadoras ebrias y licenciosas, sencillamente ya no resultaba adecuada, excepto para la esforzada clase media baja, aunque sólo fuese porque las antiguas virtudes ya no eran visiblemente aplicables a las prósperas y adineradas burguesías. La ética de la moderación y el esfuerzo apenas podía aplicarse al éxito de los millonarios norteamericanos de las décadas de 1860 y 1870, o incluso a los adinerados fabricantes, retirados a una vida ociosa en sus casas

de campo, y aún menos a sus parientes rentistas, cuyos ideales, según palabras de Ruskin, eran:

Ésta [vida] debe transcurrir en un mundo agradable y muelle, con hierro y carbón por todas partes. En cada placentera orilla de este mundo debe haber una hermosa mansión ... un parque de tamaño moderado; un gran jardín e invernaderos; un agradable carruaje nos conduce a través de los arbustos. En esta casa habitan ... el caballero inglés con su afable esposa y su hermosa familia, siempre capaz de ofrecer un tocador y unas joyas a su esposa, unos hermosos vestidos de baile a sus hijas, perros de caza a sus hijos y un terreno de caza en las Highlands para sí.²²

De ahí la creciente importancia de las teorías alternativas sobre la superioridad de clase biológica, que fue tan importante para la *Weltanschauung* burguesa del siglo XIX. La superioridad era el resultado de la selección natural, transmitida genéticamente (véase el capítulo 14). El burgués era, si no una especie diferente, sí al menos miembro de una raza superior, un estadio superior de la evolución humana, distinto de los órdenes inferiores que histórica o culturalmente permanecían en la infancia o, cuando más, en la adolescencia.

No había más que un paso entre el amo dominador y la raza dominante. Con todo, el derecho a dominar, la incuestionable superioridad del burgués como especie, no sólo implicaba inferioridad, sino idealmente una inferioridad aceptada y deseada, como la existente en la relación entre hombre y mujer (que una vez más simboliza enormemente el punto de vista del mundo burgués). Los obreros, como las mujeres, estaban obligados a ser leales y a estar satisfechos. Si no era así, ello se debía a esa figura clave del universo social de la burguesía: «el agitador proveniente del exterior». Aunque a simple vista nada era más evidente que el hecho de que los miembros de los sindicatos de obreros especializados fuesen, probablemente, los obreros mejores, más inteligentes y más preparados, el mito del agitador forastero que explotaba a los necios, pero que, sobre todo, amodorraba a los obreros, era indestructible. «La conducta de los obreros es deplorable —escribía un capataz de minas francés en 1869, durante el feroz proceso represivo de esas huelgas, de las que el *Germinal* de Zola nos ha dado un vívido retrato—, pero debo reconocer que sólo han sido los salvajes instrumentos de los agitadores.»²³ Para ser más precisos: el activo militante o el líder potencial de clase obrera debía ser por definición un «agitador», ya que no podía adaptarse al estereotipo de obediencia, inercia y estupidez. Cuando en 1859 nueve de los más honrados mineros de Seaton Delaval —«todos abstemios, seis metodistas primitivos y dos de estos seis predicadores locales»— fueron enviados a prisión por dos meses, tras una huelga, a la que se habían opuesto, el capataz lo sabía perfectamente. «Sé que son hombres respetables, y por esto los envío a prisión. No suelo enviar a la cárcel a los indiferentes.»²⁴

Dicha actitud reflejaba la determinación de decapitar a las clases inferiores, en la medida en que éstas no se desprendiesen de sus líderes potenciales

espontáneamente, mediante su absorción en la clase media baja. Pero también refleja un grado considerable de confianza. Estamos lejos de aquellos propietarios de fábricas de los años treinta, que vivían en constante temor de algo parecido a una insurrección de esclavos (véase, en *La era de la revolución*, el epígrafe al capítulo 11). Cuando los dueños de las fábricas hablaban del peligro comunista, que estaba detrás de cualquier limitación a los derechos absolutos de los empresarios para sobornar e incendiar a discreción, no se referían a la revolución social, sino simplemente a que el derecho de propiedad y el de dominio eran idénticos, y que una sociedad burguesa quedaba arruinada una vez que se permitiese una interferencia en los derechos de la propiedad.²⁵ Por ello las reacciones de temor y odio fueron mucho más histéricas cuando el espectro de la revolución social irrumpió una vez más en un mundo capitalista confiado. Las masacres de los comuneros de París (véase el capítulo 9) dan testimonio de su fuerza.

IV

¿Una clase de amos? Sí. ¿Una clase de gobernantes? La respuesta a esta pregunta es más compleja. La burguesía no era evidentemente una clase gobernante en el sentido en que lo era el terrateniente al viejo estilo, cuya posición le confería, *de iure* o *de facto*, el poder estatal efectivo sobre los habitantes de su territorio. Normalmente actuaba en el seno de un entramado dinámico de poder y administración estatal, que no era de su propiedad, al menos fuera de los edificios concretos que ocupaba («mi hogar es mi castillo»). Sólo en las zonas más alejadas de esta autoridad, como en los aislados asentamientos mineros, o donde el propio estado era débil, como en Estados Unidos, los amos burgueses podían ejercer este tipo de gobierno directo, sea mediante el mando sobre las fuerzas locales de la autoridad pública apelando a los ejércitos privados de los hombres de Pinkerton, o reuniéndose en bandas armadas de «vigilantes», para mantener el «orden». Además, en el período que estudiamos, los estados en los que la burguesía hubiese obtenido el control político formal, o no lo compartiese con las antiguas elites políticas, eran aún bastante excepcionales. En la mayoría de los países la burguesía, aunque ya definida como tal, no controlaba ni ejercía el poder político, excepto quizá a niveles subalternos o municipales.

Lo que ejercía era su hegemonía y determinaba, cada vez más, a la política. No había una alternativa al capitalismo como método de desarrollo económico, y en este período ello implicaba tanto la realización de los programas económicos e institucionales de la burguesía liberal (con sus variaciones locales), como la vital posición de esa misma burguesía en el estado. Incluso para los socialistas el camino del triunfo pasaba a través de un capitalismo totalmente desarrollado. Hasta 1848 pudo pensarse, por un momento, que sus crisis de transición (véase *La era de la revolución*, p. 307), podían ser también sus crisis finales, al menos en Inglaterra, pero en la década de 1850 se

hizo evidente que su principal etapa de crecimiento acababa de comenzar. En su principal bastión, Gran Bretaña, el capitalismo era inmovible; pero en el resto del mundo las perspectivas de una revolución social, paradójicamente, parecían depender, más que nunca, de las posibilidades de la burguesía, fuese ésta nacional o extranjera, de crear ese capital triunfante que permitiera su propio derrocamiento. En cierto sentido, tanto Marx —que dio la bienvenida a la conquista de la India por los británicos y a la de México por los norteamericanos, como algo históricamente progresista, en este momento— como los elementos progresistas de México y la India —que, respectivamente, buscaron la alianza con Estados Unidos o con el Raj (gobierno) británico, contra sus propias fuerzas tradicionalistas (véase el capítulo 7)— reconocían la existencia de la misma situación global. Lo mismo ocurría con los gobernantes de los regímenes conservadores antiburgueses y antiliberales de Europa: ya que los progresistas reconocían, aunque a duras penas, que tanto en Viena, como en Berlín y San Petersburgo, la alternativa al desarrollo económico capitalista era el atraso y la consiguiente debilidad que ello implica. Su problema consistía en cómo alentar el capitalismo y con él a la burguesía, sin verse obligados a admitir a los regímenes políticos liberal-burgueses. No era ya viable el simple rechazo de la sociedad burguesa y de sus ideas. La única organización que se comprometió francamente a resistirse sin atenuantes, la Iglesia católica se aisló sin más. El *Syllabus errorum* de 1864 (véase el capítulo 6) y el Concilio Vaticano demostraron, por el extremismo con que rechazaron todo aquello que caracterizaba a este período de mediados del siglo XIX, que se encontraban completamente a la defensiva.

Desde la década de 1870 comenzó a desmoronarse el virtual monopolio del programa burgués (en sus formas «liberales»). Pero, de modo general, en el tercer cuarto del siglo XIX era todavía irrecusable. En los asuntos económicos, incluso los gobernantes absolutistas de la Europa central y oriental se vieron aboliendo la servidumbre y desmantelando el aparato tradicional de los controles estatales de la economía y de los privilegios de grupo. En los políticos, se vieron solicitando ayuda o, al menos, aceptando las condiciones de los liberales burgueses más moderados y, al menos nominalmente, de sus instituciones representativas. Culturalmente, el estilo de vida burgués prevalecía sobre el aristocrático, aunque sólo fuese debido a una retirada más bien general, por parte de la vieja aristocracia, del mundo de la cultura (tal como entonces se entendía el término): se convirtieron, en la medida en que no lo eran ya, en los bárbaros de Matthew Arnold (1822-1888). Después de 1850 es difícil pensar en los reyes como grandes mecenas del arte —excepto alguno loco como Luis II de Baviera (1846-1886)—, y en los magnates como grandes coleccionistas de arte —excepto alguno excéntrico.* Antes de 1848 la seguridad de la burguesía había sido atenuada por el miedo a la revolu-

* Quizá sea una excepción el ballet imperial ruso; pero, tradicionalmente, las relaciones entre los miembros de la casa gobernante y sus bailarines iban más allá de lo puramente cultural.

ción social. Después de 1870 fueron amenazados, una vez más, por el temor a los crecientes movimientos de la clase obrera. Pero en el período intermedio su triunfo pareció estar por encima de toda duda o desafío. Según Bismarck, que no tenía ninguna simpatía por la sociedad burguesa, esta época estaba dominada por el «interés material». El interés económico era una «fuerza elemental». «Creo que el avance de los asuntos económicos en el desarrollo interno prosigue y no puede ser detenido.»¹⁶ Pero en este período, ¿qué representaba esta fuerza elemental, sino el capitalismo y el mundo hecho por y para la burguesía?